

Carta á la juventud

¿Adónde vais, jóvenes; adónde vais estudiantes, que corréis en grupos por las calles manifestando vuestra cólera y vuestros entusiasmos, sintiendo la imperiosa necesidad de desahogar públicamente vuestras conciencias indignadas?

¿Vais á protestar contra algún abuso del poder? ¿Han ofendido el deseo ardiente de verdad y equidad, que rebosa en vuestras almas jóvenes, ignorantes aun de las combinaciones políticas y de las infamias diarias de la vida?

¿Vais á deshacer algún entuerto social, á poner la protesta de vuestra vibrante juventud en la desigual balanza donde se pesa la suerte de los felices y de los desventurados?

¿Vais á defender la tolerancia, la independencia de la raza humana? ¿Vais á silbar algún sectario de la inteligencia, de juicio estrecho, que habrá querido arrastrar vuestros criterios claros á las rancias y falsas creencias, pretendiendo demostrar la bancarrota de la ciencia?

¿Vais á proclamar, bajo la ventana de algún embustero escondido, vuestra fe invencible en el porvenir, en ese siglo próximo que vosotros representáis y que debe realizar la paz del mundo en nombre de la justicia y del amor?

—¡ No, no! ¡ Vamos á silbar á un hombre, á un anciano quien tras de una larga vida de trabajo y de lealtad, se le antoja que puede impunemente sostener una causa generosa, tratando de esclarecer los hechos y de reparar un error, escudándose en la propia honra de la patria francesa!

¡ Ah! Yo lo he visto, cuando también era joven; yo he visto ese Barrio Latino poseído de las valientes pasiones de la juventud, el amor á la libertad, el odio á la fuerza brutal que aplasta los cerebros y oprime las almas. Lo he visto bajo el Imperio, haciendo su valiente campaña de oposición, injusta algunas veces, pero siempre con el deseo de libre emancipación humana. Silbaba á los autores que agradaban á las Tullerías; maltrataba á los profesores cuyas enseñanzas le parecían oscuras, y se rebelaba contra cualquiera que se mostrase partidario de las tinieblas y de la tiranía; y en fin, ardía en su seno ese fuego sagrado de la noble locura de los veinte años, que transforma en realidades las ilusiones, y que después aparece como el triunfo seguro de la Ciudad perfecta.

Y si nos remontamos más alto en esta historia de pasiones nobles, que han sublevado la juven-

tud de las escuelas, siempre se la verá indignarse por la injusticia, estremecerse y amotinarse por los humildes, los abandonados, y los perseguidos, y arremeter contra los feroces y los poderosos. Esa juventud se ha manifestado en favor de los pueblos oprimidos, abrazó el partido de Polonia, el de Grecia, y ha defendido siempre á todos los que sufrían y agonizaban, bajo la brutalidad de una muchedumbre bárbara ó de un déspota. En otros tiempos, cuando el Barrio Latino se insurreccionaba, podía asegurarse que ardía en él una llama de juvenil justicia, que indiferente á las componendas, seguía con entusiasmo los impulsos del corazón. ¡ Y qué espontaneidad la suya entonces! ¡ Qué torrente desbordado se precipitaba por las calles!

Ya sé que el pretexto actual es también la patria amenazada, la Francia entregada al enemigo vencedor por un grupo de traidores. Solamente me pregunto, ¿dónde se encontrará la clara intuición de las cosas, la sensación instintiva de lo que es verdad, de lo que es justo, sino en esas almas jóvenes, en esos muchachos que nacen á la vida pública, y en los que nada debe aun obscurecer la razón sana y recta? Que los hombres políticos corrompidos por los años de intriga; que los periodistas desequilibrados por los compromisos de su oficio, puedan aceptar las más impúdicas mentiras, cerrar los ojos á evidentes claridades, se explica, se comprende. Pero ¿es posible que la juventud se haya gangrenado hasta tal punto que su pureza y su candor natural, no se subleven y aparezcan de pronto en medio de inaceptables errores

aclamando de una vez lo que es evidente, lo que es claro como la luz del mediodía?

No hay historia más sencilla. Un oficial ha sido condenado y á nadie se le ocurre sospechar de la buena fe de sus jueces. Le han condenado, según su conciencia, y basándose en pruebas que han creído ciertas. Pero luego sucede que un hombre ó muchos hombres dudan y acaban por convenirse de que uno de los documentos, el más importante, ó por lo menos el único en que los jueces se habían apoyado públicamente, ha sido falsamente atribuído al condenado, estando sin duda alguna, escrito por otra mano. Estos hombres lo dicen y es denunciado el culpable por el hermano del prisionero, que cumple así un ineludible deber. Y es por eso que forzosamente debe empezar un nuevo proceso que ha de traer la revisión del primero, si hay condena. ¿No es esto perfectamente claro, justo y razonable? ¿Dónde podrá hallarse esa pretendida maquinación para salvar á un traidor? Que hay traidor, nadie lo niega; lo justo es que sea el culpable y no un inocente quien expié ese crimen. Trátase, pues, de entregaros al traidor verdadero.

¿No debía bastar un poco de buen sentido? ¿A qué móvil obedecen los hombres que desean la revisión del proceso Dreyfus? Descartad el imbécil antisemitismo, cuya feroz monomanía ve en él un complot de raza y el oro de los judíos esforzándose en reemplazar uno de los suyos por un cristiano en la infamante cárcel. Esto no tiene razón de ser; las inverosimilitudes y las imposibilidades caen las unas sobre las otras; todo el oro de la tie-

rra no comprará ciertas conciencias. Es preciso llegar á la realidad, que es la expansión natural, lenta, invencible, de todo error judicial. La historia es esa. Un error judicial lo impulsa todo; y algunos hombres de conciencia se sienten atraídos y subyugados, consagrándose más y más obstinadamente y arriesgando su fortuna y su vida para conseguir que se haga justicia. He aquí explicado lo que hoy pasa; el resto no es más que abominables pasiones políticas y religiosas, torrente desbordado de calumnias y de injurias.

¡Qué gran disculpa tendría la juventud si por un instante se obscureciesen en su cerebro las ideas de justicia y de humanidad! En la sesión del 4 de Diciembre, la Cámara francesa se cubrió de vergüenza votando una orden del día, *en que se deshonraba á los jefes de la campaña odiosa que turba la conciencia pública*. Eso lo digo muy alto para los que en el porvenir me lean: semejante voto es indigno de nuestro generoso país, y aparecerá como una mancha imborrable. *Los agitadores* son los hombres de conciencia y de valor que, seguros de que existe un error judicial, le han denunciado, para que la reparación se haga, animados por la convicción patriótica de que una gran nación donde se tolera que un inocente agonice en medio de mil torturas, es una nación condenada. *La campaña odiosa* es el grito de la verdad, el grito de justicia lanzado por esos hombres; es la obstinación que ponen en querer que delante de esos pueblos que la miran, la Francia siga siendo la Francia humana, la Francia que ha sabido hacer libertad y que sabrá hacer justicia. Está visto: la

Cámara ha cometido un crimen, corrompiendo la juventud de nuestras Escuelas, y de aquí que esa juventud engañada, extraviada, se arrastre por nuestras calles, en manifestación como nunca se había visto, contra todo lo que hay de más noble, de más valiente y de más divino en el alma humana.

Después de la sesión del Senado se habló del derrumbamiento nacional, promovido por monsieur Scheurer-Kestner. ¡Infeliz! ¡Buen derrumbamiento tiene en su corazón y en su alma! Me figuro su angustia, su tormento cuando veía hundirse á su alrededor todo lo que amaba de nuestra República, todo lo que ha ayudado á conquistar para ella en el noble combate de su vida: la libertad primero, después las varoniles virtudes de la lealtad, de la franqueza y del valor cívico.

M. Scheurer-Kestner es uno de los últimos supervivientes de su fuerte generación. Bajo el Imperio evidenció lo que es un pueblo, sumiso á la autoridad de uno solo, y obligado á devorar su fiebre y su impaciencia con la boca amordazada ante las denegaciones de la justicia. El ha visto nuestros defectos, y con el corazón brotando sangre ha conocido las causas, todas debidas á la ceguedad, á la imbecilidad despótica. Luego ha sido de los que han trabajado más acertada y más ardentemente para levantar el país de sus escombros y devolverle el lugar que le correspondía en

Europa. Procede de los tiempos heroicos de nuestra Francia republicana, y me imagino que se puede considerar autor de una obra sólida y grande, arruinando para siempre el despotismo y conquistando la libertad, sobre todo esa libertad que yo concibo, la libertad humana, que permite á cada conciencia afirmar su deber en medio de la tolerancia de otras opiniones.

¡Oh, sí! Todo ha sido conquistado: pero todo está por tierra una vez más. Todo son ruinas; ruinas en su alma; ruinas por doquier. Haber sido arrastrado por la necesidad de verdad es un crimen; haber querido la justicia es un crimen. El espantoso despotismo ha vuelto; la más dura de las mordazas está de nuevo sobre las bocas. Y no es el pie de un César lo que aplasta la conciencia pública, es toda una Cámara la que afrenta á los que sólo con la pasión de lo justo se inflaman. ¡Prohibición de hablar! Los puños aplastan los labios que defienden la verdad; se agujonea á las muchedumbres para que hagan enmudecer á los aislados. Nunca tan monstruosa opresión se ha organizado para utilizarla contra la discusión libre. Y el vergonzoso terror reina, los más valientes se vuelven cobardes, nadie osa decir una palabra de lo que piensa por miedo de ser denunciado como vendido al traidor. Los pocos periódicos que han permanecido honrados se han humillado, y han concluido por enloquecer á sus lectores con necias historias. Ningún pueblo creo que haya atravesado horas de más turbulencia, más encenagadas y de mayor angustia por su razón y su dignidad.

En estas circunstancias, verdaderamente, toda la lealtad y el pasado de M. Scheurer-Kestner, se ha venido abajo. Si todavía cree en la bondad y en la equidad de los hombres, posee un sólido optimismo. Se le arrastra diariamente, hace tres semanas, por el lodo, por haber supeditado los honores y la alegría de su vejez al espíritu de justicia. No hay angustia más dolorosa que la de este hombre, que sufre el martirio por su honor. En él asesinan la fe del porvenir, se envenena su esperanza, y si muere, dirá: «Todo acabó, no hay nada más; todo lo bueno que he hecho se va conmigo, la virtud es sólo una palabra, el mundo es negro y vacío».

¡Y para abofetear en él al patriotismo, se ha elegido á este hombre, que es en nuestras asambleas el último representante de la Alsacia-Lorena! ¡El, un vendido, un traidor, un insultador del ejército, cuyo nombre debiera bastar para desvanecer las más sombrías inquietudes! Sin duda tuvo la debilidad de creer que su cualidad de alsaciano, su renombre de patriota ardiente, sería suficiente garantía de su buena fe en el delicado papel de justiciero. De su intervención en el asunto, ¿no parecía deducirse la necesidad de que todo acabase pronto, para el bien del ejército y de la patria? Pero no: dejad al proceso que se arrastre unas semanas más, tratad de esconder la verdad, de rehusar la justicia y veréis como nos habéis entregado á las burlas de toda Europa, como habéis puesto la Francia en el último rango de las naciones.

¡No; no! ¡Las estúpidas pasiones políticas y re-

ligiosas no quieren oír nada, y la juventud de nuestras escuelas da al mundo el espectáculo de silbar á M. Scheurer-Kestner, llamándole traidor y vendido, diciendo que insulta al ejército y que compromete á la patria!

Sé muy bien que algunos jóvenes manifestantes no representan toda la juventud, y que un centenar de alborotadores en la calle hace más ruido que diez mil estudiosos trabajadores encerrados en sus casas. Pero de todos modos, esos cien alborotadores sobran, porque semejante movimiento por pequeño que sea es un triste síntoma para el Barrio Latino.

¡Por lo visto existen jóvenes antisemitas! ¡Hay cerebros nuevos, almas nuevas que este imbécil veneno tiene desequilibrados! ¡Qué tristeza, qué inquietud para el siglo xx que va á empezar! Cien años después de la declaración de los *Derechos del hombre*, cien años después de este acto supremo de tolerancia y de emancipación, volvemos á las luchas religiosas, el más odioso y estúpido de todos los fanatismos. Y menos mal que esto suceda en ciertos hombres que desempeñan un papel, que tienen una actitud y una ambición voraz que satisfacer; pero ¡entre los jóvenes, entre los que nacen y se desarrollan llevando en su alma el germen de todos los derechos y de todas las libertades que nosotros habíamos soñado ver resplandecer en el próximo siglo! ¡Vosotros

los obreros esperados, declarándoos antisemitas! ¡ Vosotros en quien cifrábamos nuestras mejores esperanzas comenzáis el siglo exterminando todos los judíos porque son conciudadanos y enemigos de otra raza y de otra fe! Buen principio para la Ciudad de nuestros sueños, ¡ la ciudad de la igualdad y de la fraternidad! Si tal es el destino de la juventud, será cosa de llorar, y de negar toda esperanza y toda felicidad humana.

¡ Oh juventud, juventud! Piensa en la gran obra que te espera, yo te lo suplico; tú eres el obrero futuro que has de echar los cimientos del siglo próximo, que sin duda viene llamado á resolver los problemas de verdad y de igualdad planteados por el siglo que acaba; nosotros, los viejos, los mayores te dejamos el formidable montón de nuestras investigaciones, muchas contradicciones y obscuridades tal vez, pero seguramente el esfuerzo más apasionado que siglo alguno ha hecho hacia la verdad; los documentos más verídicos y el más sólido fundamento de este vasto edificio de la ciencia que tú debes seguir edificando para tu honor y para tu felicidad. Sólo te pedimos que seas más generosa, más libre de espíritu, que nos sobrepujes por tu amor á la vida normalmente vivida, por tu esfuerzo, puesto por entero en el trabajo, en esta fecundidad de los hombres y de la tierra que sabrá hacer crecer al fin, la desbordante cosecha de alegrías bajo el sol radiante. Nosotros te cedemos fraternalmente el sitio, felices de desaparecer, y descansar de nuestra parte de labor cumplida, en el reposo de la muerte, si sabemos que tú

continúas nuestra obra y que realizas nuestros ensueños.

¡ Juventud! ¡ Juventud! Acuérdate de los sufrimientos de tus padres en las terribles batallas donde supieron vencer para conquistar la libertad que tú disfrutas ahora. Si te sientes independiente, si puedes ir y venir á tu gusto, decir en la prensa lo que piensas, tener una opinión y expresarla públicamente; es porque tus padres han dado para ello su inteligencia y su sangre. Tú no has nacido bajo la tiranía; tú ignoras lo que es despertar cada mañana con el pie de un tirano sobre el pecho; tú no te has batido para escapar al sable del dictador y á las falsas razones de un mal juez. Agradécélo á tus padres, y no cometas el crimen de aclamar la mentira, ayudando la campaña de la fuerza brutal, la intolerancia de los fanáticos y la voracidad de los ambiciosos. Al fin de ese camino hallarías la dictadura.

¡ Juventud, juventud! Inclínate siempre hacia la justicia. Si la idea de justicia se oscurece en tí, te amenazarán todos los peligros. Y no te hablo de la justicia de nuestros códigos, que no es más que la garantía de los lazos sociales. Ciertamente hay que respetarla, pero hay una más alta idea de justicia: la que sienta por principio que todo fallo de los hombres puede hallarse sujeto á error, y admite la inocencia posible de un condenado, sin creer que por esto se insulta á los jueces. ¿ No es este un asunto que debe sublevar tu ardiente pasión de derecho? ¿ Quién se levantará para exigir que se haga justicia, sino tú que no estás en nuestras luchas de intereses y de personas, que no

estás aun atada ni comprometida por ningún negocio ambiguo, que puedes hablar alto, con toda pureza y buena fe?

¡Juventud, juventud! Sé humana, sé generosa. Aunque nos equivoquemos, ven con nosotros puesto que decimos que un inocente sufre una pena horrible y puesto que nuestro corazón sublevado se parte de angustia. Admite por un momento el error posible y, al considerar tan desmesurado castigo el corazón se te oprimirá y las lágrimas brotarán en tus ojos. ¡Bueno que los carceleros permanezcan impasibles, pero tú, tú, que todavía lloras y que debes ser accesible á todas las miserias, á todas las piedades! ¿Cómo no te atrae ese ideal caballeresco? Si en cualquier parte hay un mártir sucumbiendo bajo el odio, ¿cómo no sueñas en defender su causa y libertarle? ¿Quién, si no tú acometerá tan sublime aventura, se lanzará en una causa peligrosa y grande, y hará frente á un pueblo en nombre de la ideal justicia? ¿Y no te sientes avergonzada, en fin, de que sean tus mayores, los ancianos, los que se apasionen y hagan hoy tu obra, esa obra, de radiante generosidad?

—¿Adónde vais, jóvenes; adónde vais estudiantes que corréis las calles en manifestación, lanzando en medio de nuestras discordias la bravura y esperanza de vuestros veinte años?

—Vamos á la humanidad, á la verdad y á la justicia.

¡YO ACUSO...!

CARTA Á M. FÉLIX FAURE

Presidente de la República Francesa

Señor: ¿Me permitís que, agradecido por la bondadosa acogida que me dispensasteis, me preocupe de vuestra gloria y os diga que vuestra estrella, tan feliz hasta hoy, está amenazada por la más vergonzosa é imborrable mancha?

Habéis salido sano y salvo de bajas calumnias, habéis conquistado los corazones. Aparecisteis radiante en la apoteosis de la fiesta patriótica que, para celebrar la alianza rusa, hizo Francia, y os preparáis á presidir el solemne triunfo de nuestra Exposición Universal, que coronará este gran siglo de trabajo, de verdad y de libertad. ¡Pero qué mancha de cieno sobre nuestro nombre—iba á decir sobre vuestro reino—puede imprimir ese abominable proceso Dreyfus! Por lo pronto un Consejo de guerra se atreve á absolver á Esterhazy, bofetada suprema á toda verdad, á toda justicia. Y no hay remedio; Francia conserva esa mancha y la historia consignará que semejante